

JOSÉ LUIS MUÑOZ DE BAENA
UNED

ALVARADO, J. *Monarcas masones y otros príncipes de la Acacia*, Madrid: Dykinson, 2017.

Recepción original: 13/11/2017

Aceptación original: 20/01/2018

Pese a su decisiva y secular influencia sobre la historia política de Occidente y a su indudable atractivo, pocos temas son tan mal conocidos como el de la masonería; acaso se deba al aura de misterio que la envuelve, propicia a conspiraciones y a propaganda de la peor especie, como los célebres *Protocolos de los sabios de Sión*. En nuestro país, donde la obsesión franquista al respecto produjo resultados tan insólitos como la ley de 1944 (el autor ha terminado su texto con una irónica, pero precisa referencia al mito de la *conspiración judeo-masónico-satánico-comunista*), siempre es de agradecer el estudio serio de este fenómeno, que actualmente conoce un periodo de renovado interés, con frecuencia bajo el lamentable denominador común de lo *conspiranoico*.

No cabe sino agradecer a la editorial Dykinson que haya aceptado el texto. Sin duda editarlo no fue tarea fácil, ya que el profesor Alvarado, reconocido especialista en la materia, ha abordado de un modo exhaustivo, a lo largo de casi mil doscientas páginas divididas en dos volúmenes de manejo no siempre cómodo, un trabajo monumental. Su núcleo es un tema de enorme interés: la presencia de la masonería en las casas reales y las grandes familias aristocráticas europeas, frente a uno de los tópicos más habituales, el que considera a la orden un fenómeno casi exclusivamente burgués y republicano. Pero, lejos de pretender una enumeración, con mayor o menor criterio, de los monarcas, príncipes y aristócratas afectos a la obediencia masónica, ha extendido el enfoque a las transformaciones sociales y políticas de cada zona y época. Ello le ha llevado a una abundante y precisa men-

ción de la diferencia entre las logias, ritos y obediencias, que traza un panorama capaz de abrirse en todas direcciones a partir de la matriz británica (la *Royal Society*, albor de la masonería moderna), con expresa referencia a las uniones y disensos. De lo primero es buen ejemplo la que tuvo lugar entre la Gran Logia de Francia y el Gran Oriente de Francia en 1799 (vol. I, p. 336); de lo segundo, la crisis surgida tras el fin de la creencia en la derivación de la Orden del Temple y en los Superiores Ocultos, que llevó a refundar la orden en 1782 desde la Estricta Observancia (vol. I, pp. 132 y ss.). En este punto, el de la continua evolución de la masonería, resulta apasionante comprobar cómo la continua invocación de estirpes legendarias por la orden (incluyendo la saga artúrica) fue propiciando una suerte de depuración, conforme sus miembros iban renunciando a tales conjeturas sin fundamento; pero no sorprende menos la tendencia de la orden hacia derivaciones místicas, esotéricas (Wailly, Lequeu), alquímicas (barón de Tschudy), herméticas (Court de Gébelin, Antoine-Joseph Pernéty y los *illuminati* de Berlín y Avignon) o espiritistas (el extraño barón de Gugomos, mensajero de los Superiores Incógnitos y practicante de toda suerte de ciencias ocultas; vol. II, p. 116), todas ellas más o menos originales o excéntricas. Como afirma el autor, «...las prácticas y experimentos de ciertas logias constituyeron auténticos precedentes de lo que décadas después se denominarían experimentos parapsicológicos: telepatía, telekinesis, magnetismo, etc.» (vol. II, p. 118). El resultado es un vastísimo paisaje de fondo, sobre el que se recorta con nitidez el tema central de la obra.

El manejo de las fuentes es tan profundo, que el lector tiene desde el comienzo la certeza de hallarse ante una obra de referencia. Su orden es tan clásico como impecable: examina, cronológicamente, las figuras de los masones principescos por Estados (Reino Unido, Francia, Países Bajos, Escandinavia, Austria-Hungría, Portugal, Alemania, Italia, Rusia, Polonia, con anexos referidos a Escocia e Irlanda). La obra termina con una especial atención a las siempre polémicas relaciones entre la masonería y el catolicismo, lo que no obsta a la atención particularizada que dedica al tema en algunas de las figuras estudiadas (como el barón belga Stassart, católico y masón, enfrentado en 1837 a una circular episcopal que truncó su carrera política).

Esta última es, sin duda, una de las mayores virtudes de la obra: su mostración de la, como diríamos en terminología actual, *transversalidad* del fenómeno masónico, su carácter enormemente plástico que permite hacerlo compatible con casi cualesquiera adscripciones religiosas, políticas, culturales, esotéricas, místicas... Merece la pena, pues, detenerse en ella. Ciertamente, la referencia católica es la pre-

ponderante, y más de un lector no avisado hallará concomitancias sorprendentes. Valga como ejemplo la condición masónica de los gobernantes de Estados bastiones del catolicismo, como Austria-Hungría y Polonia (Francisco I y José II en el primer caso, Estanislao II en el segundo), así como la presencia de la Orden de la Acacia en los Estados Pontificios y el gran número de eclesiásticos, obispos y príncipes de la Iglesia que fueron masones, entre ellos algunos españoles. Pero en la obra hay asimismo lugar para la compatibilidad del credo protestante de los monarcas y príncipes escandinavos con la condición masónica, que es tratada en el capítulo V del primer libro.

Atención aparte merece, a mi entender, el extenso tratamiento que otorga a las relaciones entre la masonería y las dos grandes revoluciones de la historia, la francesa de 1789 y la rusa de 1917.

En el primer caso —abordado en el capítulo II del primer volumen, dedicado a Francia—, el autor examina a fondo el tópico, que considera poco fiable, de la responsabilidad que cupo a la masonería en los acontecimientos del 14 de julio, exagerado por las hipótesis del complot; frente a esta posición de escaso fundamento, Alvarado sostiene que, pese a su extensión en capas sociales muy diversas (artesanos, comerciantes, burgueses en general), la orden estaba vinculada más a la vieja sociedad estamental que al nuevo orden: «El perfil ideológico del masón era el de un hombre culto que políticamente se movía entre el reformismo y conservadurismo (...) La masonería ejerció cierta influencia intelectual en la Revolución francesa. Pero de ahí a considerar las logias como caldos de cultivo de la “subversión violenta del orden social” hay un gran trecho» (p. 321 del primer volumen). No en vano, leemos en la p. 197 y ss., solo en las logias francesas del XVIII se registró un fenómeno equiparable al que residía el resto del cuerpo social: la sustitución del predominio aristocrático por el burgués.

En cuanto a la segunda de estas revoluciones, se presta particular atención a la caída del régimen zarista en el capítulo X de la segunda parte, poniendo de manifiesto que la masonería estuvo profusamente representada con diez de los once ministros en el gobierno menchevique de Kerensky. Un auténtico canto del cisne, ya que tras la revolución de octubre tanto los dirigentes del régimen comunista como la Tercera Internacional reprimieron a los masones, asociados, no sin razón, al mundo aristocrático y burgués que había sido derrotado en febrero de 1917 y que pretendía «...ocultar las diferencias de clase tras una teoría abstracta y formalista de la razón» (vol. II, p. 337). Dictado que recibió al principio un rechazo de los comunistas franceses.

Pero el texto ahonda en la relación de la masonería con prácticamente todas las ideologías políticas de la Modernidad. Hay una breve referencia al nazismo (vol. II, pp. 162 y ss.) y al fascismo (vol. II, pp. 253 y ss.), frontalmente enfrentados a la orden y que no vacilaron en prohibirla; lo que nos permite confirmar una vieja certeza, la de que los masones padecieron el rechazo de todos los Estados totalitarios (el autor cita el caso de tres premios Nobel germanos), así como conocer las relaciones existentes entre el primer fascismo y algunos masones italianos (Caraffa, Dudan, el gran maestro Torrigiani...).

Forzosa es una reflexión al respecto: la dificultad de adscribir un fenómeno tan poliédrico a ideologías, como la burguesa jacobina y la marxista, con la que ha sido vinculada a lo largo de los dos últimos siglos por una parte no pequeña de sus detractores. Si la historia es maestra de la vida, la simplificación es, a buen seguro, su peor consejera.

Con todo, aunque Alvarado se muestra en desacuerdo con la tesis que atribuye a la masonería la condición de motor histórico, y mucho menos un motor revolucionario, sí se muestra convencido de que constituyó —y aquí el tópico sí se muestra cierto— un importante caldo de cultivo para algunas de las ideas que cambiaron Occidente. Por ello, si abrimos la lente, hallaremos en esta densa y extensa obra motivos para reflexionar sobre los vínculos entre el fenómeno intelectual denominado Ilustración y la Orden de la Acacia. El autor, historiador del derecho, no ha pretendido un ensayo filosófico ni filosófico-político sobre esa relación, ni era su cometido: ha hecho lo que se esperaba de un profesional de su disciplina, proporcionar materiales críticamente depurados y bien expuestos. De ellos podemos extraer informaciones valiosas: la aceptación de los valores de libertad e igualdad por las logias impulsó la mentalidad ilustrada, si bien «... originariamente estos valores de libertad e igualdad tuvieron, desde el punto de vista masónico, una consideración más moral que política» (I, III, p. 200). En cualquier caso, sí puede considerarse unánimemente establecido, afirma Alvarado, que la masonería decimonónica, «... al implantar su red de logias y facilitar una forma de sociabilidad institucional, contribuyó a asentar el derecho de asociación y el nacimiento de la sociedad liberal» (I, III, p. 201). Acaso sea en el capítulo VIII, al comienzo del volumen II, dedicado a Alemania, donde más ampliamente se despliega el tema ilustrado, con toda suerte de derivaciones: el masón Federico II, unido brevemente por una espinosa amistad con el también masón Voltaire (a quien vemos aparecer en las pp. 297 y ss.); el ideario masónico de figuras señeras de la *Aufklärung* germana como Lessing, Fichte, Heine, Herder, Goethe; el

singular caso de Beethoven; la hoy tan de actualidad orden de los Iluminados bávaros, cuya condición supuestamente masónica choca abiertamente con la firmeza con que fue combatida por ellos como organización rival (vol. II, pp. 143 y ss.). Pero no olvida la vinculación ilustrada de las logias de otras naciones, como las austriacas, una de las cuales cobijó a Mozart —veintidós de cuyas obras, examinadas en el texto, son vinculadas al espíritu masónico—, y portuguesas, que tuvieron como miembro ilustre al marqués de Pombal.

Mención aparte merecen las páginas dedicadas al mito de la obediencia masónica de Carlos III y la mayoría de sus ministros ilustrados, considerada directamente responsable de la expulsión de los jesuitas. Aunque el autor ha trabajado este tema en otro lugar, y a él se remite, no deja de referirse sucintamente a ello en este texto. Y lo hace, de nuevo, rechazando sin ambages los lugares comunes. Alvarado considera dicha creencia infundada y estima que la expulsión fue guiada por la mera prudencia política, dado el gran poder de la orden; su parecer es que solo la vindicación de los masones de siglos posteriores, utilizada como un medio para aumentar su prestigio, permite explicar esa leyenda (vol. I, p. 521).

En suma, la obra traza un monumental panorama sobre la orden, una síntesis que enriquece la perspectiva del lector sobre una orden de enorme riqueza, variedad y complejidad. El autor lo ha expresado con concisión: «A la vista de estos datos, es evidente que no cabe afirmar lisa y llanamente que la masonería sea una organización esencial o vocacionalmente burguesa, republicana, laicista, vinculada a partidos políticos progresistas, que ha conspirado para derrocar el gobierno o para subvertir el orden internacional. Pero, por otro lado, cometería un grave error si se concibiera unívocamente la masonería como una orden monárquica, caballeresca, confesional o políticamente conservadora... Por otra parte, bien es verdad que tampoco cabe hablar de masonería, sino de masonerías en plural» (p. 175).

El profesor Alvarado consigue así poner de manifiesto algo que aún no ha calado en la mayoría del público culto: pese a su enorme implantación, al indudable sentido de camaradería de que imbuye a sus miembros y a la gran influencia ejercida por muchos de ellos, la masonería siempre estuvo de lejos la unidad de acción. Acaso ningún ejemplo lo muestre tan bien como el de los grandes protagonistas militares de las que los portugueses llamaron guerras peninsulares, el Duque de Wellington y el mariscal Junot: ambos eran masones... pero combatían en bandos opuestos (vol. I, p. 530). Por decirlo de otro modo, no constituye la gigantesca fuerza político-cultural que supuestamente diseñó, de consuno entre sus miembros de varias naciones,

buena parte de la historia de Europa y América. A la vez, nos permite asombrarnos ante la prodigiosa variedad doctrinal que despliega, acaso única en el mundo. Ningún otro movimiento en la historia ha ocupado tanta variedad de posiciones en el espectro ideológico, lo que justifica plenamente la frase del gran Mircea Eliade con que comienza la obra: «El único movimiento secreto que exhibe una cierta consistencia ideológica, que ya cuenta con una historia y que disfruta de prestigio social y político es la francmasonería».